



www.loqueleo.es

© 2022, Gemma Pasqual i Escrivà

© De esta edición:

2023, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-516-4

Depósito legal: M-25721-2022

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: febrero de 2023

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Coordinación editorial:

Marta Olivares

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NADIE ES PERFECTO

Gemma
PASQUAL
i ESCRIVÀ

loqueleg

A Guillem, eternamente Guillem.

*En memoria de Angelita Lluch Gascón
y de todas aquellas personas mayores
que han fallecido durante la pandemia
en las residencias.*

Marcos tenía mucho espacio por delante, echó a correr con el balón en los pies, sin pararse a pensar, nadie salió a marcarlo, continuó subiendo por la banda, trazó una diagonal, la grada lo animaba, llegó hasta el área pequeña, se cambió el balón a la pierna derecha para disparar, chutó y el balón rebotó en el segundo palo volviendo a sus pies, y, justo cuando lo hacía, sintió cómo se le clavaban unos tacos en el tobillo experimentando un dolor tan intenso que le hizo caer al suelo.

—¡¡¡PENAAAALTIIII!!! —gritaron desde las gradas.

El árbitro hizo caso al público, fue una falta con intención de hacer daño, y no dudó en mostrarle una tarjeta roja directa que puso en pie a todo el estadio, y pitó penalti. Un grito ahogado recorrió el campo. Marcos se levantó, por suerte no hubo

lesión, y se quedó de pie, con un nudo en el estómago. Las gradas se sumieron en el silencio, a la espera. Marcos y el portero se miraron fijamente a los ojos, Marcos chutó y el balón pasó por debajo del portero.

—¡¡¡Gooooo!!!

10 Atravesó el campo a toda velocidad para llegar hasta donde estaban sus seguidores y se plantó ante ellos con los brazos levantados mientras sus compañeros se le echaban encima y los hinchas bajaban corriendo por las gradas.

El campo enloqueció, habían ganado por un único gol. Carmen y el abuelo de Marcos, eufóricos, se dieron un largo abrazo.

El árbitro pitó el final del partido.

—¿Y a mí? ¿Cuándo me hará una prueba, mister? —le pidió Carmen al entrenador Moliner.

—¿Sabes jugar a fútbol? —le preguntó extraño.

—Claro, y seguro que lo hago mucho mejor que el patata de Tao —dijo Carmen, moviendo las manos en señal de protesta. Era un remolino, muy expresiva, morena, con los cabellos negros y largos recogidos con un moño alto. En las orejas le

brillaban unos aros grandes de plata, también lucía varios tatuajes y *piercings* en el cuerpo e iba vestida con un chándal fucsia.

—¿Has visto lo que pone en las camisetas? Cafetería Central. Tao es el hijo del presidente, el patrocinador y el que paga las camisetas. Si tu padre nos quiere patrocinar, que me lo diga y entonces te haremos una prueba —le dijo el entrenador, incómodo; ahora no tenía ganas de discutir con Carmen.

11

—Claro, sin problemas, se lo digo a mi padre. En las camisetas podemos poner «Bragas y sujetadores Aspirina». ¿Qué le parece? Quedarán muy guapas —le respondió Carmen con la gracia y el desparpajo que la caracterizaba.

Su familia vendía ropa interior a buen precio en el mercadillo, de toda la vida; eran conocidos como los Aspirina. Carmen los ayudaba los sábados, se había criado entre los puestos.

—¿Has grabado todas las jugadas de Marcos? —le preguntó el entrenador Moliner a Carmen, cambiando de tema. La conocía y sabía que la chica podía ser muy insistente.

—Sí —respondió muy orgullosa. Era la *camerawoman* del equipo, como se denominaba ella.

—Estamos haciendo un vídeo con las mejores jugadas de Marcos para mandárselo a los ojeadores. A ver si tenemos suerte y seleccionan a nuestro capitán para jugar en la cantera de un club importante de primera división. Marcos es un fantástico jugador, igual que tu hijo —le explicó el entrenador Moliner al abuelo.

12

El padre de Marcos era un interior izquierdo con una clase depurada, un maestro del pase largo y de colgar pelotas al área, con un muy buen regate y capacidad de desborde. Una gran promesa; desgraciadamente, su carrera se truncó a los diecinueve años por una lesión que le hizo pasar cinco veces por el quirófano. Aunque solo jugó dos partidos en primera división, era el héroe del barrio. Colgó las botas y se convirtió en entrenador del equipo local. Era muy diferente al entrenador Moliner, que también jugó con él. Siempre les decía a las familias que si esperaban que de allí salieran futbolistas de élite que se los llevaran, que allí se estaba para ser personas.

—Juan era una persona extraordinaria, hacía de todo para alegrar la vida a los otros —recordaba el abuelo a su hijo con lágrimas en los ojos—.

Los niños lo veían como un amigo. No os podéis imaginar cómo disfrutaba con los chavales. La persona era lo primero, no el futbolista. Se trataba de educar a través del fútbol.

—¡Va, venga! ¡Que tenemos que celebrar la victoria! —cortó la conversación el entrenador al ver que el abuelo se estaba emocionando—. Voy a por los jugadores.

—¿Quieres ser futbolista? Ya sabes que el reglamento solo permite los equipos mixtos hasta los catorce años. Pero puedes hablar con tus amigas y proponer formar un equipo femenino —le dijo el abuelo a Carmen mientras observaban cómo el entrenador se iba hacia los vestuarios.

—No, abuelo, yo no quiero jugar en un equipo femenino, yo quiero jugar con mis amigos para pasarlo bien. Soy mucho mejor que Tao y usted lo sabe. De todas formas, me da lo mismo, el fútbol no me interesa.

El abuelo movió la cabeza.

—¿Y a ti qué te interesa? ¿Qué quieres ser de mayor?

—¡*Influencer* y salir en la tele!

—¿*Influencer*? ¿Eso qué es?

Carmen se reía a carcajadas al ver la cara del abuelo.

14 —¡Es broma! Yo quiero ser veterinaria. Terminar la ESO, el Bachillerato, pasar por la universidad y hacer un máster para especializarme en perros. Quiero ser una gitana independiente, así eres alguien en la vida y no dependes del mercado y la chatarra. —Tenía muy clara su hoja de ruta.

—¿Y tus padres qué dicen?

—Están muy felices de que siga adelante, no quieren que pase sus fatigas. Me dicen que estudie, que es muy importante.

—¡Claro que es importante! Estás hecha toda una mujer —dijo el abuelo, orgulloso—. Seguro que consigues todo lo que te propongas.

Carmen sonrió sin mucha convicción, como si no estuviera acostumbrada a recibir cumplidos.

—¡Todo menos jugar en este equipo de tontos!

—¿Cómo era aquello? «Bragas y sujetadores Aspirina», yo lo veo —dijo el abuelo risueño—. ¡Venga, que los chicos nos esperan!

En el barrio, el fútbol se vivía con especial devoción. Los fines de semana, cuando el balón

comenzaba a rodar, el campo se convertía en el centro neurálgico, el punto de encuentro, el lugar donde la gente se podía desahogar y olvidar todos sus problemas.

16 La máquina de coser se dejaba guiar por María, la madre de Marcos, que dictaba con agilidad sus movimientos, con las manos enganchadas en la ropa y los pies marcando el ritmo con el pedal, la cabeza inclinada sobre la costura y moviendo el tronco al compás. Se abría paso a gran velocidad entre las prendas de ropa, que iban tomando forma al ritmo del parpadeo de la aguja, ahora uniendo una manga a la sisa, ahora cosiendo un bajo o bordeando un ojal.

El motor de sonido vibrante llenaba hasta el último rincón de la casa. Era una máquina vieja, una Singer negra con adornos dorados; tenía un mueble, de una madera fina, con dos cajoncitos; una máquina preciosa, de la rueda de hierro lateral hasta el devanador de canilla. El brazo metálico avanzaba en un suave arco descendente y en

un lado destacaba un medallón con un grabado de flores plateadas. Había sido de su madre y nunca quiso cambiarla por una más moderna.

Como un animal biónico, no se sabía dónde acababa la mujer y empezaba la máquina. Cosía con cuidado un sofisticado vestido para una conocida marca de moda de lujo. En las tiendas su precio podía oscilar entre 800 y 1.000 euros; sin embargo, ella recibía solo un euro por metro de tela acabada. La tenía subcontratada una fábrica local que también manufacturaba ropa de calle para algunas de las marcas más conocidas de la industria del lujo. A pesar de todo, ella daba las gracias por tener un trabajo, un trabajo en casa, aunque fuera sin regularizar. En estos hilos de mil colores veía una salida, su única salida.

Toda la vida giraba alrededor de aquella máquina de coser, que ocupaba un lugar prominente en medio de la cocina comedor, la estancia más grande de toda la casa. Entre retales, papel cebolla, patrones, agujas, canillas, bobinas de hilo y trozos multicolores de tela, Marcos hacía los deberes, se abstraía con su cuaderno, el que lo acompañaba siempre. Nadie sabía qué apuntaba en él. Unos suponían que

eran jugadas de fútbol; otros, un diario con sus pensamientos. También jugaba a la videoconsola, miraba la televisión o escuchaba la radio mientras su madre cosía, calcaba un patrón, cortaba o remataba, hasta que se hacía de noche y cambiaba la máquina de coser por las cazuelas o la plancha. Marcos y el abuelo la ayudaban hilvanando, estirando hilos, volviendo ropa o barriendo restos de tela.

Estaban pasando un invierno muy frío. Desde noviembre estar en casa era insoportable y poco podían hacer para que fuera más habitable. No se podían permitir ni la compra ni el pago de más radiadores eléctricos. De todas formas, enseguida saltaban los plomos, y la parafina, aunque efectiva, tampoco era barata. A su madre, tantas horas en la misma posición con ese frío le dejaba el cuerpo entumecido, helado y los músculos tensos.

Marcos entró como un torbellino en la cocina, desayunó un vaso de leche de pie, tenía prisa. Tao y Carmen lo estaban esperando abajo; el abuelo le preparaba mientras un bocadillo.

—Pruébate este vestido, que quiero ver cómo ha quedado la orilla en movimiento —le pidió su madre. Marcos le hacía de maniquí.

—Ahora no puedo, llego tarde —protestó el joven.

—Es un momento, y además vais sobrados de tiempo.

—¡Que lo haga el abuelo!

—¿No ves que no le cabe?, y a ti tampoco, te lo tendrás que probar con la cremallera abierta, estas tallas son para canijas —le decía su madre mientras le colocaba el vestido por la fuerza.

De pronto sonó el timbre de la puerta.

—Voy yo. Serán Tao y Carmen, que ya hace un buen rato que me esperan —dijo mientras iba hacia la puerta con el vestido colgando.

—¡Buenos días! ¡Estás muy guapo! —bromeó la señora Angelita, risueña y dispuesta a abrazarlo—. Qué calorcito más bueno hace siempre en esta casa, la mía parece el Polo Norte. —Se apoyó en su brazo y entraron lentamente hacia dentro.

—¿Está segura? —preguntó incrédulo Marcos—. Hay que salir de la cama con gorro, bufanda y guantes. Los calcetines dobles son ya una cosa cotidiana en esta casa.

La señora Angelita era la vecina de arriba. Para Marcos era como su abuela, le había hecho de

canguro desde muy pequeño. Ella se pasaba las horas en su casa ayudando a su madre con la costura. La señora Angelita hacía mucho tiempo que no bajaba a la calle; la finca no tenía ascensor y le faltaban las fuerzas para bajar y subir cinco pisos. Era una señora viuda de aspecto corpulento a pesar de su baja estatura, pequeña y eficiente, con las canas difíciles de peinar y unos ojos grises y cálidos que inspiraban confianza y brillaban detrás de unas anticuadas gafas de pasta; tenía un ánimo que se le escapaba por los dedos de las manos, que no paraba de mover.

—Ven a sentarte, Angelita, que he hecho café —la invitó el abuelo.

El móvil de Marcos vibró. No dejaba de recibir mensajes en el grupo de WhatsApp que compartía con Tao y Carmen. Estaban hartos de esperar. Como una centella Marcos cogió el bocadillo que le había preparado el abuelo, guardó en la mochila su cuaderno y salió por la puerta.

—¡¡¡Marcos!!! —le gritó el abuelo.

—¿Qué pasa? ¡Llego tarde! —dijo él volviendo sobre sus pasos.

—¡El vestido! A pesar de que sinceramente creo que estás muy guapo, me parece que no te puedes

permitir lucir estas marcas. Además, te está pequeño —bromeó el abuelo.

Rápidamente se lo quitó y, cuando todavía no había llegado a la puerta, era su madre la que le reclamaba atención:

—¡Marcos!

—¿Y ahora qué? —protestó él.

Su madre con un dedo le mostró su mejilla izquierda.

21

Y Marcos volvió sobre sus pies y le dio un beso en cada mejilla, también a la señora Angelita y al abuelo. Y salió disparado.

Marcos, Carmen y Tao eran mejores amigos desde Infantil, estaban unidos por la inicial de su apellido: Moragues, Montoya y Ming. En realidad, el nombre de Tao era Ming, Tao era su apellido, pero en chino va delante. Esta diferencia hizo que sus amigos desde muy pequeño lo bautizaran con el apellido. Desde entonces nada los separó.

En la puerta del instituto los abusones, un grupo de grandotes, recibían a los alumnos. Sus

víctimas eran los diferentes: los que llevaban gafas, los altos, bajos, delgados, gordos, listos... En realidad, la mayoría. Habían hecho un pasillo de bienvenida: golpes, empujones, zancadillas, pellizcos, collejas y coscorrones, todo valía para ridiculizar y humillar mientras lo grababan con su móvil.

22 Marcos, Carmen y Tao lo observaban todo de lejos, desde la esquina, jugando con el vaho de su respiración. Hacía mucho mucho frío.

—Nos tenemos que decidir; llegaremos tarde y además nos quedaremos congelados aquí parados como pasmarotes —los animó Carmen.

Tao negó ligera pero inconfundiblemente con la cabeza.

—Prefiero quedarme aquí hasta que se vayan —dijo, y al respirar de su boca salió un rayo de vaho que se quedó flotando a su alrededor como si fuera una neblina absurda.

—No quiero dejarte solo —dijo Marcos, a quien en realidad no le hacía ninguna gracia pasar por allí, consciente de que cualquiera podía ser su víctima.

—¡Sois unos cobardes! ¡Venga! —les gritó Carmen arrastrándolos hacia la puerta—. ¡Cuanto

más rápido mejor! —Y les dio un puntapié en el culo para que se apresuraran.

—¿*Selvesa* a un euro? ¡¡¡Banana!!! —le gritaron a Tao aquellos granujas a un palmo de su cara. Él se estremeció, pero se mantuvo firme. Desde muy pequeño se metían con él por tener los ojos rasgados, los cabellos muy lisos o no pronunciar bien la letra *r*. *Banana*, amarillo por fuera pero blanco por dentro, era un término utilizado con ánimo racista para denominar a las personas de procedencia asiática que se habían criado en un país occidental.

23

—Cerveza a un euro no, pero os puedo estampar gratis la mano en vuestra cara —los amenazó valiente Carmen con el puño, defendiendo a su amigo e inclinándose hacia ellos como si tuviera intención de comérselos vivos.

—Tranquila, solo estamos bromeando con el banana, no queremos problemas con tu gente —le respondió uno de los abusones, dejando de grabar.

—¡Mi gente es Tao! —replicó ella, furiosamente, consciente de que se refería a su etnia gitana.

Sin decir nada más los dejaron pasar.

—No les hagas caso —le dijo Marcos a Tao pasándole el brazo por los hombros.

—Siempre habrá personas que simplemente no nos acepten como somos. Por suerte son una minoría —le dijo Carmen.

Tao, dolido, en silencio y cabizbajo, entró en clase.

24

La profesora de Matemáticas llenaba la pizarra con fórmulas y números mientras Tao se entretenía con el móvil que llevaba escondido entre los pantalones del chándal a pesar de estar prohibido. Marcos estaba absorto con su cuaderno y Carmen parecía la única que prestaba atención a la clase, cuando, de repente, la profesora empezó a repartir los controles que habían hecho la semana pasada. Entonces consiguió llamar la atención de todos.

¡Uala! ¡He aprobado!

¡¡¡Un 4,8!!!

Marcos:

Yo también, con un
5,2. 😊

Carmen:

A mí me faltan tres
décimas. 😞

Carmen:

Tengo que ir a reclamar.

Marcos:

Seguro que te aprueba.

Carmen:

¿Aprobar?
Me ha puesto un
notable, con un 8,7
me faltan tres décimas
para un sobresaliente.

25

Ninguno de los dos amigos le respondió.